

UNA TRAICION Y UNA VENGANZA.

—Mal te fué con tu querida.
—Pero aun queda un recurso....
—Sí, ¿cuál es?
—La venganza.
—¿Qué disparate! ¡Vengarse de una muger! Vaya... Adios, Enrique, y no olvides este verso:
"Triste de aquel que de mugeres fia."

III.

DUDAS.

Se separó Enrique de su amigo, sin saber lo que le pasaba, porque aquella fatal noticia lo habia trastornado. Su frente ardia, sus ojos estaban inflamados, y respiraba con dificultad. A veces se resistia á dar crédito á lo que acababa de oír, porque le parecia imposible que Isabel faltase á los repetidos juramentos que le habia hecho, de eterna fé.

—Es imposible (decia, paseándose en su habitacion, y hablando consigo mismo) es imposible tal inconstancia..... Isabel me ama, me lo ha jurado y seria necesario que tuviera un corazon de hiena para engañarme. Esta seria una conducta horrible y no es capaz Isabel, no.... Perdóname, Isabel

UNA TRAICION Y UNA VENGANZA. 155

mia....el que por un instante haya dudado de tu fé.... pero.... soy un nécio.... ¿no he oido á su criado? ¿No he visto con mis propios ojos los preparativos de la boda? ¡Oh!

Y Enrique se golpeaba contra las paredes, se mesaba los cabellos, y derramaba llanto.

—¿Boda dije?....No, no habrá boda.... sangre....sí, sangre es lo que deseo, y la derramaré á toda costa.... con mi mano. Yo veré á mi odioso rival.... le clavaré en el pecho un puñal... y le despedazaré el corazon; y cuando él se revuelque en su negra sangre....conduciré á aquel lugar á Isabel.... y le diré: mira á tu amante ó á tu esposo....acércate....ese lago de sangre es tu....tálamo nupcial. ¿Lo entiendes? ¿No querias unírte con él? ¿Pues qué te detiene? Y caeria tambien sobre ella.... y me gozaria en sus tormentos... y sus gritos de agonía.... me serian tan dulces...como el canto epitalámico.... me recrearia en sus convulsiones horribles.... y.... Mas.... ¿qué digo? ¡Desdichado! ¡Oh tormento! ¡Oh furia de los celos.... Isabel es inocente, y yo un débil....pero.... y lo que he oido... lo que he visto.... no cabe duda....es cierto, es cierto mi mal. ¡Oh Dios mio!

Enrique cayó desvanecido en un sillón; cerró los ojos, y un sudor frio cubria su rostro; de cuando en cuando se estremecia y apretaba los puños. Una hora despues sa-

lió de su abatimiento, estaba pálido, y tenía el cabello erizado.

—Valor y serenidad, dijo levantándose. Yo me convenceré por mis propios ojos. Asistiré esta noche á su casa. Si es falso lo que se me ha contado, si Isabel me ama... yo seré su eterno adorador... pero si fuese cierto... entonces... mi venganza será horrible. Sí, lo juro... Isabel no llegará al tálamo nupcial.

IV.

REALIDAD.

A las nueve de la noche del día en que pasaron las escenas referidas, se observaba en el patio de la casa de Isabel un bullicio raro. Los criados entraban y salían con precipitación, y algunas familias, lujosamente puestas, se dirigían á una sala ricamente adornada. Después de un momento entraron á ella un eclesiástico y tres acólitos, con un mozo, llevando en una bandeja los paramentos religiosos.

—Todo está dispuesto por mi parte, dijo el sacerdote después de saludar á la concurrencia: ¿falta algo por la vuestra?

—Solo la novia, respondió Don Juan*** alargando la mano al ministro sagrado.

—No habrá concluido sus adornos.

—Aquí la teneis.

Isabel se presentó con la mayor elegancia, y su llegada causó un murmullo entre la concurrencia.

—Solo á tí se te aguarda, Isabel, dijo un calvo anciano, que era su tío; pues Isabel quedó huérfana desde muy niña.

—Ya estoy dispuesta, dijo á media voz.

El sacerdote se revistió, los acólitos tomaron los ciriales, se les dieron luces á los novios y á los padrinos, y se comenzó la ceremonia de dar las manos. El ministro leyó las oraciones rituales; le hizo á Isabel las preguntas acostumbradas, y al llegar á aquella: “¿Teneis dada á otro palabra de casamiento?” ámbos novios se miraron furtivamente, y no respondió Isabel. El sacerdote reiteró su pregunta; Isabel palideció, y dirigió sus ojos á un grupo de gente que se hallaba en la puerta, presenciando la ceremonia; los bajó luego, y con voz cortada, dijo: “No.”

—Luego quereis, continuó el cura, recibir por compañero y esposo á D. Juan***

—Sí, respondió Isabel.

En este momento se oyó en el patio claramente una voz que cantaba: “La perjura esposa no llegó al tálamo nupcial: la venganza cayó sobre ella.”

Isabel se puso pálida, y su esposo se estremeció involuntariamente; pero los concurrentes nada observaron, y la ceremonia concluyó.

Después de un esquisito ambigü, se retiraron los convidados, y D. Juan también salió, habiendo sido citado para la *velacion*, al otro día, á las seis en punto.

Un hombre embozado siguió á D. Juan; la noche estaba oscura y horrorosa, y el viento soplaba con furia. Al llegar á una esquina por donde debía pasar, cuatro hombres robustos lo sorprendieron: quiso gritar; pero uno de ellos le tapó la boca, y lo amenazó con un puñal. El hombre embozado mandó á los otros que le vendaran los ojos; así lo hicieron, y después de bien sujeto, lo metieron en un coche, que allí estaba prevenido.

—Vamos, dijo el embozado, os espera vuestra virtuosa esposa. Ya vereis vuestro tálamo nupcial.

El coche partió, y el hombre oculto dijo con risa amarga: “Me he vengado, y soy feliz.” Era Enrique.

V.

EL DIA DE LA VELACION.

Enrique condujo á D. Juan, en aquel coche, á una casa distante de la ciudad; lo encerró en un cuarto, y con aquella seguridad, se dirigió al amanecer á la casa de Isabel. Esta no había podido encontrar el reposo; los remordimientos la atormentaban, y parecía

UNA TRAICION &C.

que herían sus oídos aquellas palabras de Enrique: “La esposa perjura no llegó al tálamo; la venganza cayó sobre ella.” Había conocido la voz de Enrique, y temblaba por el cumplimiento de aquella amenaza. Permanecía triste en una pieza, acompañada de una amiga, que le daba los parabienes por su boda, cuando se oyeron en el patio unas pisadas.—Ha llegado D. Juan, dijo la amiga.

—Has sido muy puntual, amigo mio, dijo Isabel al caballero que entraba.

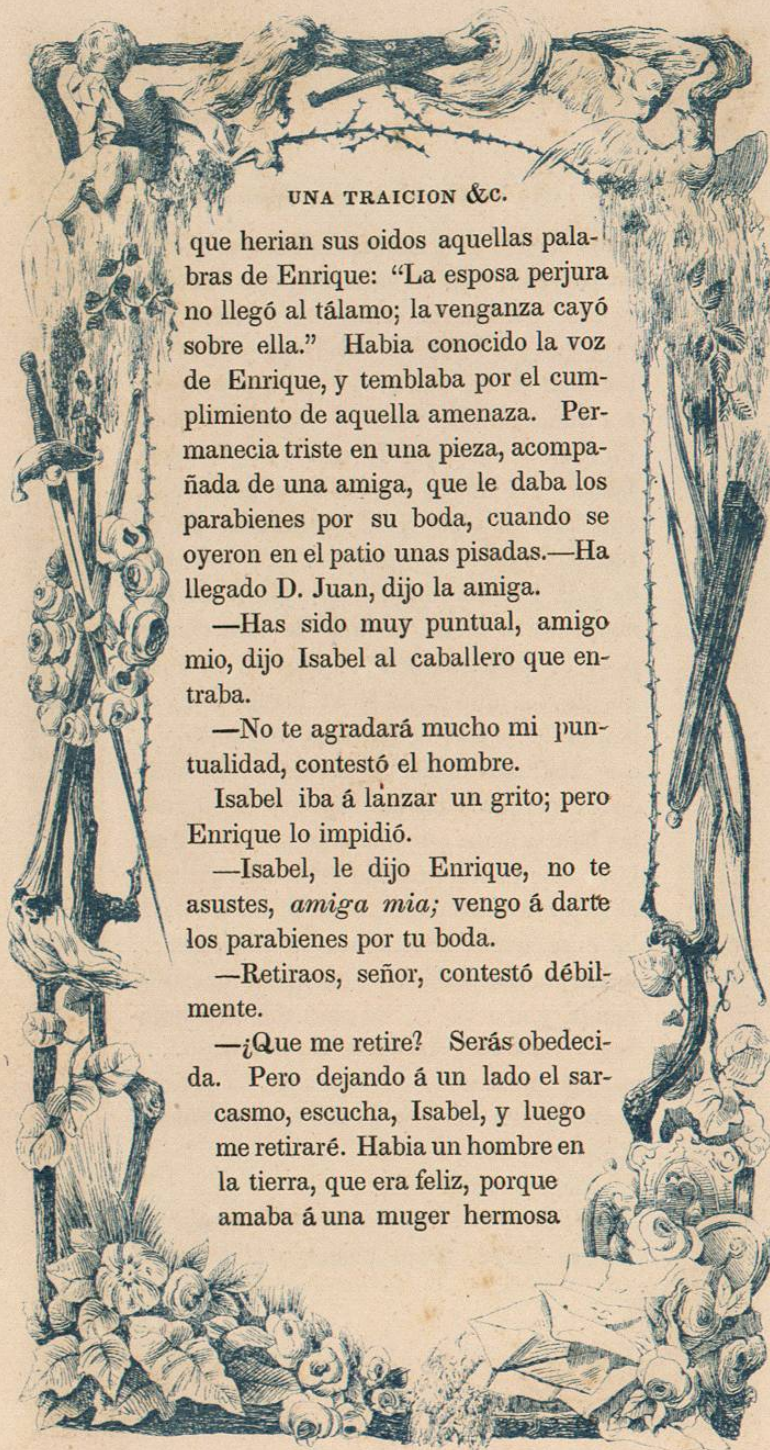
—No te agradecerá mucho mi puntualidad, contestó el hombre.

Isabel iba á lanzar un grito; pero Enrique lo impidió.

—Isabel, le dijo Enrique, no te asustes, *amiga mia*; vengo á darte los parabienes por tu boda.

—Retiraos, señor, contestó débilmente.

—¿Que me retire? Serás obedecida. Pero dejando á un lado el sarcasmo, escucha, Isabel, y luego me retiraré. Había un hombre en la tierra, que era feliz, porque amaba á una muger hermosa



UNA TRAICION Y UNA VENGANZA.

como el cielo al despuntar la aurora; y todo su porvenir, todo su embeleso, era llamarla esposa, estrecharla contra su corazón.... para que sus latidos le revelaran toda la intensidad de su amor.... porque su amor era inmensurable como el espacio, profundo como los abismos del mar.... ¿Lo oyes, Isabel? La amaba con toda su alma..... con todo el vigor y el entusiasmo de un pecho vírgen y virtuoso.....y mil años de vida hubiera dado....por gozar un solo momento la dicha inefable de llamarla esposa....vivir con ella....respirar su dulce aliento....¿qué digo? besar donde ponía su planta....le habría sido mas venturoso.... que disfrutar todas las riquezas del mundo....porque todas las riquezas del mundo las habría dado por una sola mirada. Pues bien; este hombre recibió de su adorada muchos juramentos de constancia....y él, débil é insensato, los creyó....y la muger... la harpía detestable.... lo engañó horriblemente, y anoche.... se unió con otro hombre....esto es....cometió un sacrilegio.... porque profanó el sacramento. Y ahora, ¿sabes quién era ese hombre y esa muger? Responde, *amiga mia*.

—Isabel solo lloraba.

—Pues el hombre soy yo, y la muger tú, infame Isabel. Pues bien; oye el objeto de

UNA TRAICION Y UNA VENGANZA. 161

mi venida. Escucha primero el lenguaje del hombre apasionado que te amó hasta ayer. Mira este anillo, mira este rizo de tu pelo. ¡Oh! ¡Con cuánta ternura lo besaba todos los días! ¡Cuántas lágrimas de amor lo regaban! Porque te adoraba, Isabel, con todo mi corazón.... con toda mi alma.... porque eras mi primer amor..... porque eras el único objeto de mis ansias.... mi dicha..... mi consuelo..... mi porvenir. Estaba yo pendiente de tus labios, para servirte en lo que me pidieras, porque era yo tu esclavo....tu....

—Por el amor que me tuviste.... Enrique, dijo Isabel, te suplico.... te retires.

—¡Por el amor que te tuve! ¡Y te atreves á invocarlo, vil perjura, cuando ese amor volcánico, poderoso, se ha convertido en un odio atroz, implacable, en un deseo ardiente de sangre y de venganza?

—¡Enrique! por piedad.

—Y tú, ¿tuviste piedad de mí, cuando solo te pedía por única recompensa de mi adoración, una mirada?

—No me castigues, Enrique.

—Hasta aquí no sabes nada; escucha: este rizo de tu pelo y este anillo, los tenía como prendas de tu fé; ésta ha faltado....y así, os las devuelvo; pero de este modo, mirad, hollándolas con mi pié; caigan, aniquídense....y no me quede mas memoria....

de esta infame muger. . . que el recuerdo de mi venganza, sí, mi venganza. ¡Oísteis anoche mi voz? ¡Oh dulce, divina venganza! Tú me harás de infeliz el mas dichoso de los hombres. Isabel: os dije anoche. . . . que la esposa perjura no llegaria al tálamo, y vos no llegareis.

—¡Oh! Enrique, no me mateis.

—Serenaos, no os mataré, señora, porque no soy asesino; pero no volvereis á ver á vuestro esposo.

—¿Qué decis?

—Lo que ois, señora. No ecsiste ya para vos vuestro marido.

—¿Cómo! ¡Oh! ¡Sereis tan vil? Pero no, nada podeis hacer, porque á las seis viene mi esposo para la velacion.

—Esperadlo en buena hora; pero temo mucho que solo lo veais. . . . en. . . . la eternidad.

—Enrique. . . . sois un infame.

—Y vos una santa.

—Yo no tenia obligacion de quereros.

—¡Ola! ¡Y teníais obligacion de ser virtuosa, de cumplir un juramento, ó al ménos de no cubrir con un velo de hipocresía una alma perversa? Por Dios, señora, que no esperaba hallar una alma tan corrompida.

—Devolvedme mi marido, gritó Isabel.

—Devolvedme la vida, devolvedme la virtud, que me habeis robado.

—Isabel no oyó mas; comenzó á gritar, corriendo por todas las piezas de la casa.

Su amiga desde el principio habia desaparecido, y Enrique tambien se salió.

No solo dieron las seis de la mañana, sino las ocho, y D. Juan no habia llegado, por lo que no hubo velacion.

VI.

LA VENGANZA.

Enrique, dejando á Isabel, se dirigió á la casa lejana donde estaba encerrado D. Juan. La espresion feroz de su semblante daba á conocer la ardiente sed de venganza que le consumia el alma: llega al lugar de su víctima, abre la puerta, y la cierra luego por dentro con precaucion. Don Juan se puso en pié; su rostro estaba cubierto de una palidez mortal; sus megillas lívidas se inundaron en un sudor frio. Tenia los ojos encendidos, la nariz entreabierta y los cabellos erizados. Al ver á Enrique, se demudó totalmente; su fisonomía tomó un aspecto mas horrible aún: sus ojos brotaron fuego, sus labios se contrajeron con un movimiento de furor mal reprimido, y un temblor convulsivo se apoderó de su cuerpo. Enrique se pára frente á su rival; una sonrisa amarga asoma en sus lábios, y con aire burlon y